

ARMANDO FUENTES AGUIRRE

CATÓN



Un divertido viaje al corazón de nuestro país:
personajes pintorescos, tradiciones, fondas,
cantinas, leyendas y moditos de hablar

DIANA

© 2023, Armando Sergio Fuentes Aguirre

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / José Luis Maldonado

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DIANA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2023

ISBN: 978-607-07-9990-7

Primera edición impresa en México: abril de 2023

ISBN: 978-607-07-9987-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo.....	7
I. Parajes y paisajes.....	11
II. De fondas, cantinas... y otros sitios.....	181
III. Ingenios y figuras.....	237
IV. Moditos de hablar.....	375
V. Hábitos que sí hacen al monje.....	433
VI. Naturaleza al natural.....	453
VII. Caminos y caminantes.....	467
VIII. Palabras finales.....	483
Agradecimientos.....	485

I. PARAJES Y PAISAJES

Por todo el país anda el que escribe; por todos los caminos de México camina. No nada más en las ciudades grandes, también en sitios cuyos nombres a veces tuvo que buscar en el mapa el pobrecito hablador: Mazamitla, hermoso sitio en las alturas de la sierra de Jalisco; Camahuiroa, espléndida playa sonorense conocida apenas por sus afortunados moradores; Puerto Peñasco, recio poblado marinero que está donde hace axila el golfo de Cortés.

El viajero no se cansa de dar gracias a Dios (todas las noches lo hace al apagar la luz en su posada) por permitirle ver la suma de prodigios que guarda nuestra Patria; por contemplar desde el avión la Geografía del profesor Zepeda Sahagún; por comer con gula de cardenal la enciclopedia de los manjares nacionales, que dejan a la cocina china, francesa y española —las tres juntas— en austero condumio de ermitaño que ayuna por Cuaresma.

Lo mejor, sin embargo, es el trato con la gente. No hay en la infinita variedad de mujeres, niños y hombres que llenan esta preciosa casa que es el mundo, con todos los aposentos en que nosotros lo hemos

dividido, no hay —digo— quien no tenga un halo que lo distingue de los demás humanos. No hay quien no sepa algo que desconozco yo; no hay quien no tenga un don que a mí me falta; de cada uno puedo recibir algo que me enriquecerá.

Todo eso recibo, y más aún, cuando recorro la legua en esa jubilosa farándula de vida que es mi vida.

Las cosas que a mí me han pasado no son para contarse. Por eso las cuento. El caminar la legua es jubiloso caminar. Nunca me canso de dar gracias a Dios por el regalo de haberme hecho un *homo viator*, o sea un peregrino. Me lleva por todas partes de este México vasto y asombroso; me deja mirar sus paisajes, conocer su gente, comer sus comidas y beber sus bebidas, escuchar sus historias y leyendas, oír dichos peregrinos, penetrar templos y subir pirámides... Me deja sentir, en suma, a este hermoso país que me mantiene en continuado arrobó.

¿Cuánto tiempo más durará mi peregrinación? Quién sabe. Pero mientras el buen Dios me quiera conservar la salud y el ánimo seguiré en aviones y hoteles; en autopistas y en estrechas carreteras que suben por la sierra, o atraviesan el desierto, o van por la costa junto al mar. Iré a ciudades mayores y a poblados cuyos nombres ni siquiera figuran en el mapa. Un día estaré en Toluca y al otro en Camahuiroa, una playa sonoreense, o en Mazamitla, en lo más alto de la sierra de Jalisco. También iré a Sombrerete, Zacatecas, lugar rodeado de cruces por todos lados; unos dicen que para que no entre el diablo, otros que para que no se salga. He estado en Cozumel, Quintana Roo, y en Pitiquito, cerca de Hermosillo. Por muchos caminos iré, si Dios lo quiere, y al Señor y a mi prójimo daré las gracias por tanta gracia que me dan.

Una de esas gracias es la de la humildad. En esos viajes me pasan a veces regocijantes cosas que me conservan en mi debida dimensión, bastante reducida. El otro día una señora me felicitó al final de una de mis conferencias.

—Yo ya sabía que su plática iba a estar retebuena, licenciado. Un hijo mío lo oyó hace un mes en el Tecnológico de Monterrey, y me contó: «Fíjate, madre: habíamos estado aburridos toda la mañana en el congreso; y faltaba una conferencia más. Anunciaron al conferencista,

y que va saliendo un viejito. Dijimos todos: «otra aburrida más». Pero al rato estábamos muertos de la risa». ¡El viejito era usted, licenciado!

Fui a un pequeño poblado del noroeste que celebraba el aniversario de su fundación. El sitio donde iba a hablar era algo entre bodega, palenque, antro, gimnasio y auditorio municipal. Estaba abarrotado por un público gárrulo y alegre. Sube al estrado el maestro de ceremonias, un avezado locutor con experiencia vastísima en rodeos, bailes gruperos y eventos similares y conexos. Con estentórea voz anunció la iniciación del espectáculo:

—¡Vamos a comenzar, señoras y señores! ¡Gracias al señor presidente municipal tenemos para ustedes hoy muchas sorpresas! ¡Orita vamos a oír una bonita conferencia a cargo del señor Aguirre, mejor conocido por su alias de Catón! ¡Cuando acabe el señor Aguirre, tendremos la actuación de La Gorrioncilla del Valle! ¡Y luego escucharemos a Los Perdularios con su acordeón acústico!

Eso dijo el amigo locutor. Y luego remató:

—¡Como ven ustedes, iremos de menos a más!

Díganme ustedes: si eso no lo hace a uno ser humilde, ¿qué lo hará?



¡Qué afortunado soy! ¡Qué afortunado! Mis viajes de caminante de la legua me llevan por todas partes del país. Como un juglar de ahora me aguardan todas las posadas, me esperan todas las mesas, y míos son todos los vasos de buen vino que ansiaba para sí Gonzalo de Berceo.

Acabo de regresar de la región del istmo: Salina Cruz, Tehuantepec y Juchitán. Tiene Oaxaca una belleza que quizá en zapoteca se pueda describir, pero no en castellano u otra cualquiera de las modernas lenguas. En Huatulco empieza mi peregrinación, junto a ese belicoso mar Pacífico que en las nueve bahías se remansa. No hay sol ahora, pues el ciclón se acerca. Gris está el cielo, y gris el mar. Los turistas vagan por los pasillos del hotel como ánimas en pena. Yo no, porque no soy turista, y el mar y el cielo me parecen aún más bellos con su hábito de monjes mercedarios.

De Huatulco a Salina Cruz la carretera es una continua curva que sube la montaña. Baja otra vez y llega al puerto donde los buques

japoneses aguardan para llenarse el vientre de petróleo. La noche es tibia y húmeda. «Trópico cálido y bello, istmo de Tehuantepec...». Ahí estoy yo, en la cintura de México. La casa donde soy recibido es amplia y es hermosa. He cenado los guisos de la tierra, y un queso que deja al de todas las Europas en calidad de mazamorra sin sabor. Yo sueño —y todos los sueños que he soñado se han vuelto realidad, aun sin mi participación— yo sueño con ir a pasarme un mes en Oaxaca, sin hacer nada, solo pasando y repasando las magias y misterios de esa tierra tan tierra, de ese cielo tan cielo y de ese mar tan mar.

Voy a Tehuantepec, Oaxaca. Tiene esa antigua ciudad un hermoso convento que fue de dominicos y ahora es centro cultural. El tren pasa por el mero centro de la población, y se detiene frente a la plaza principal. Hay una historia de amor tras ese inconveniente urbano. Don Porfirio Díaz, oaxaqueño, tuvo en Tehuantepec un amor escondido — más o menos, como todos los amores escondidos—, una tehuana fuerte de cuerpo y todo lo demás. Le dijo ella a Porfirio en el momento de la mayor intimidad:

—Si en verdad me quieres haz que el tren pase por el frente de mi casa, y ahí se pare siempre, para subirme y bajarme en el portal.

Don Porfirio —bien haya— obsequió el deseo de su dama, seguramente para que ella le obsequiara los suyos. Y yo no lo critico: si en mis manos estuviera yo haría pasar y detenerse frente a la casa de mi amada no solo el tren: también los aviones, la nave espacial Columbia y todos los satélites rusos y norteamericanos, y de pilón los barcos de los cruceros, el *Queen Elizabeth* y hasta el *Titanic*. Y aun se me haría poco.

En Tehuantepec y Juchitán tuvo mando el general Heliodoro Charis Castro, hombre de grandes ocurrencias que forman un sustancioso anecdotario. Hablábamos de amores, y algo le sucedió también en el citado ramo a este personaje de ingenio peregrino y desafortunados dichos y hechos. Contrató a un ingeniero topógrafo a fin de que hiciera la división de un extenso predio de su propiedad, pues quería repartirlo entre su esposa e hijos.

—Muy bien —comenzó el agrimensor—. Primero voy a trazar una línea paralela...

Lo interrumpió con alarma el general.

—¡Chist! ¡No hable tan juerte! ¡Lela no entra en este reparto! ¡Esa es otra familia!

Se llegó el Día de la Bandera. Estaba en Juchitán don Francisco Chinas, primo del general Charis. El Chico Chinas —«Chico» se les llama en Oaxaca a los Franciscos— vivía en la capital del estado, y gozaba de gran fama por su elocuencia. Don Heliodoro, jefe militar de la región, le pidió a su pariente que tomara la palabra en la ceremonia para honrar al lábaro patrio. Y empezó su discurso el orador:

—Yo, señoras y señores, amo a la bandera como a mi madre.

Tras ese magnilocuente exordio continuó el Demóstenes con otras frases igualmente altísonas. Recibió un gran aplauso al terminar. Le tocó el turno de perorar al general. Y dijo:

—Yo, señoras y señores, amo a la bandera como a mi tía. Porque han de saber ustedes que la madre del Chico Chinas es mi tía. Él y yo somos primos.

De Oaxaca traje dos cajas. Fue la primera una gran caja llena de prodigios: barro negro, verde y rojo; tejidos de Santa Ana; una cuchara magnificente labrada en madera por manos indias de Zaachila... Traje también, en otra caja, alimentos para el cuerpo: pan prócer; tasajo que podría alimentar a un regimiento; tlayudas portentosas; tamales de insignes tamaleras; chocolate pontifical; moles que dejan en blanco y negro al arcoíris; mezcales de Chagoya en pequeñas botellas, mezcal de todas las variedades posibles y de las por haber: minero, de gusano, de pechuga, de poleo, de tejocote, de nuez, de yerbabuena, de almendras, reposado, de zarzamora, de maguey azul... Traje también quesos de Oaxaca, más beneméritos aún que aquel otro benemérito del que les platiqué.

Alimentos para el cuerpo, muchos, y otros para nutrir el alma. Una hermosa imagen de la Señora del Sur: la Virgen de la Soledad, tan infinitamente triste en su luctuoso traje de negro terciopelo orlado a sus pies con una frase dolorida:

O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus. «Oh, vosotros, los que pasáis por el camino: contemplad, y ved si acaso hay un dolor como mi dolor».

Para hacer compañía a esta Virgen tan sola de la Soledad —el dolor es siempre solitario— traje un cuadro de Cristo en la Cruz según se

mira en la capilla del Rosario, parte de ese prodigio de América que es Santo Domingo. Está Jesús Crucificado, pero no lo acompañan al pie del leño la Virgen y San Juan, sino dos santos: San Francisco de Asís, que vivió cantando, y San Antonio de Padua, que cantando murió.

De Oaxaca traje también una colección de sucedidos que alguna relación tienen con Saltillo o Coahuila. He aquí algunos.

El santo patrono de Saltillo es el apóstol Santiago. En el estado de Oaxaca hay 56 pueblos que se llaman Santiago (57 llevan el nombre de Santa María; 54 de San Juan; 42 de San Pedro y 32 de San Miguel). ¡No prendió el jacobinismo en la tierra de don Benito Juárez!

Los oaxaqueños no quieren a Carranza. Su desamor es explicable. En 1916 los carrancistas tomaron su hermosísima capital. Para vengarse por la resistencia que les opusieron, los hombres de Carranza imaginaron un castigo: quemar el Árbol del Tule. Muchas lumbreras le arrimaron al tronco los carranclanes, pero todas juntas eran muy poca lumbrera para tanto árbol. El milenario sabino o ahuehuete se rio de las lumbreras, que se apagaron sin tizarlo siquiera.

Don Francisco I. Madero iba a llegar a Oaxaca en el curso de su campaña presidencial. Una gran sala había en la ciudad, el Salón París, y los partidarios del Apóstol anunciaron que el candidato se presentaría ahí. Para impedir el mitin las autoridades permitieron unos días antes que en el salón actuara una bailarina que mostraba unos cuantos centímetros de pantorrilla. Como aquel espectáculo era sumamente inmoral las morales autoridades cerraron el salón, que cerrado permaneció hasta que Madero se fue con su democracia a otra parte. Entonces se volvió a presentar la bailarina para complacencia del culto y exigente público. Más exigente que culto, ciertamente.

Cada vez que voy a Oaxaca cumplo un rito: en el antiguo convento de Santa Catalina de Siena me tomo un chocolate. Luego voy a la calle del mercado y en una de las viejas y tradicionales chocolaterías que ahí se hallan pido que me preparen la sabrosa mixtura del cacao con los finos sabores de la vainilla y la canela.

Se ha perdido en muchos lugares del país la costumbre del chocolate. Antes era obligado en el desayuno y la merienda. Todo mundo tomaba chocolate. Éramos un país chocolatero. Entonces había tiempo

para consumir cinco alimentos en el día: por la mañana, tempranito, el desayuno; luego, un poco más tarde, el rico almuerzo; después, al mediodía, la comida; a las cinco o seis de la tarde, la merienda, y por la noche la cena, moderada, pues todos seguían la salutífera enseñanza: «Desayuna como rey; come como príncipe y cena como mendigo».

El desayuno y la merienda consistían en lo mismo: una taza de chocolate con pan de azúcar. Al chocolate se le atribuían virtudes de todo orden: hacía que los niños se acabaran de criar bien; fortalecía a los adultos para los menesteres diurnos y nocturnos; calentaba la sangre a los ancianos; a todos en general daba vigor. Yo, chiquillo enteco y desmedrado, debía tomarme el chocolate como quien toma medicina. A pesar de eso conservé el gusto por la salutífera bebida, tan católica que hasta una copla lo proclama:

Católico chocolate,
que de rodillas se muele,
juntas las manos se bate
y viendo al cielo se bebe.

Ya no tenemos tiempo para el chocolate. El de metate —aquel que se molía de rodillas— ya no existe. Antes, el jarro donde se batía y el correspondiente molinillo eran utensilios obligados en las cocinas mexicanas. En mi ciudad no se hacía el chocolate en agua, como en Oaxaca, sino en leche. Bien caliente, hirviendo, se ponía la leche en el jarro y luego se depositaba el chocolate, una o dos tablillas, según. El calor de la leche y de la estufa y la enérgica acción del molinillo hacían que el chocolate se disolviera. Venía luego la obra de batirlo para que hiciera aquella noble espuma que coronaba, como corona real, la taza.

Podía consumirse aquella bebida pontifical a sorbos pequeñitos o, mejor todavía, sopeando con pan dulce. Manjar divino aquel. ¿Cómo pueden ser niños los niños de hoy si no encuentran en la mesa del desayuno, antes de ir a la escuela, aquella humeante taza que daba fuerzas para cumplir hasta las más ímprobas tareas, como por ejemplo aprender las tablas de multiplicar? ¿Con qué ilusión regresan a la casa después

de concluir la jornada escolar si no los aguarda otra taza de chocolate, premio mayor por haber ido a la escuela sin refunfuñar? Misterios son esos que no alcanzo yo a entender.

Por todo lo dicho, en memoria de esas memorias, me tomo un chocolate en el antiguo convento de Santa Catalina de Siena, de Oaxaca. O en El Moro, de la Ciudad de México, en la vieja calle de San Juan de Letrán. Después de todo no soy tan malo —a veces—, y bien merezco entonces, aunque sea de vez en cuando, una taza de católico chocolate.

Oaxaca, la de Juárez...

Oaxaca, la de Porfirio Díaz, noble patriota mexicano injustamente condenado por la historia oficial a la mentira y al olvido...

Oaxaca, la de don Macedonio Alcalá, quien sustentó con música la tesis de que Dios nunca muere...

Oaxaca, la de las enhiestas tehuanas de tez de canela nimbada en almidón...

Oaxaca, la de Tamayo, y Rosas, y Toledo...

Oaxaca, la de don Andrés Henestrosa, vasconcelista de puro corazón que dice que cada hombre lleva consigo un resplandor...

Oaxaca, la de Mitla y Monte Albán...

Oaxaca, la del matusalénico árbol de Santa María del Tule...

Oaxaca, la de Santo Domingo, prodigio en jaspes verde...

Oaxaca, la de los siete moles y los mil mezcales, la de los albos quesos y los monjiles chocolates paradisíacos...

Oaxaca, la de los indios de cantarina voz y sonrisa de arcángeles barrocos...

Oaxaca, la bella, la señorial, la lánguida, la eterna, la adorable...

En Oaxaca fui a la pequeña tienda de artículos religiosos que está junto al convento de Santo Domingo, y compré algunas cosas. Cuando iba a pagar me dijo la encargada:

—Usted es sacerdote, ¿verdad?

—No —respondí—. ¿Por qué piensa que lo soy?

—Porque parece padre —me dijo la muchacha.

Debí haberle dicho que sí lo era. De ese modo su error no le habría dado pena, y yo me habría beneficiado con el jugoso descuento que —demasiado tarde me enteré— se hace ahí a los sacerdotes.

No sé si es ese aspecto y voz de cura lo que hace que en mis andanzas por la república muchas personas me tomen por su confidente y me cuenten cosas que rara vez se cuentan. O quizá se franquean conmigo porque saben que no nos volveremos a ver, y siempre es bueno descargar el pecho, aunque sea en un extraño. Así, no es raro que con frecuencia vuelva a casa llevando en mi bagaje una historia peregrina.

La última la oí en Tepic. Ahí hay una colonia que se llama Menchaca, el mismo nombre de un ingenio azucarero de mucha tradición en el lugar. Sucede que los vecinos de esa colonia están muy preocupados, pues se ha establecido en ella un seductor, una moderna especie de don Juan. Sin embargo, los desasosegados vecinos no dicen:

—Cuidemos a nuestras hijas.

Dicen:

—Cuidemos a nuestras mamás.

Sucede que el dicho galán se especializa en señoras ya maduras, generalmente viudas. No las busca para quitarles el dinero. Al contrario: con ellas comparte el suyo generosamente. Las busca, sí, para gozar los pedacitos buenos que todavía les quedan a las señoras, y las despide luego, no sin antes darles una especie de indemnización, pago de marcha o liquidación. El trato con cada una de ellas dura dos o tres meses a lo más. El hombre lleva a su casa su nueva adquisición; hace con ella vida marital durante el tiempo dicho, y luego se despide de la señora, pues otra encontró ya para ocupar su sitio. A la que se va le entrega una generosa cantidad que —dice con caballerosidad perfecta— no es un pago, sino «una pequeña compensación que de ninguna manera corresponde a lo mucho que recibí de ti». Todas, oí decir, toman el dinero y se van muy contentas, y hasta agradecidas.

El hombre es sesentón, pero, según se sabe por las damas que lo han tratado, conserva incólumes las facultades de la juventud. Llegó del otro lado; viste bien, a la usanza vaquera, con botas de punta y sombrero texano; goza de completa salud; tiene elegantes modos; no es de mal ver —algunas dicen que les recuerda a JR, el de la serie *Dallas*—, y trata bien a todas sus mujeres. Con las muchachas no se mete, aunque más de una se le ha insinuado por interés de la jugosa gratificación que suele dar a sus amigas que se van.

Los hijos de señoras viudas andan desazonados, y las hijas más. Temen que su santa madrecita vaya a caer en manos —y en piernas y todo lo demás— del inquietante seductor, faltando así a la memoria del difunto. Si la señora les dice que va a salir, le preguntan llenos de alarma: «¿A dónde vas, mamá?», «¿Con quién?» Y, «¿A qué horas vas a regresar?», como hacen los papás de las quinceañeras.

Yo admiro a ese extraño Casanova, y si lo conociera lo felicitaría. No sufre la malhadada suerte de aquel pobre señor que se lamentaba a propósito de las mujeres: «Cuando tenía qué echarles no tenía qué darles, y ahora que tengo qué darles no tengo qué echarles». El hombre de la colonia Menchaca tiene las dos cositas, bendito sea Dios. Por eso pone a los pollos en trance de cuidar a las gallinas. ¡Qué revuelto anda el mundo, lo que sea de cada quién!



El camino entre Guadalajara y Tepic es un bello camino. Los campos de agave, las barrancas y quiebros por donde alguna vez anduvieron los cristeros dejan paso a una vegetación de trópico. A esa vegetación se le llama «lujuriosa», a menos que pertenezcas a alguna asociación religiosa, pues entonces debes decir «exuberante».

Lo primero que notas al ir saliendo de Guadalajara es la abundancia de moteles de paso, establecimientos que ahora se nombran «de corta estancia» o «de pago por evento». Si Cervantes viviera aplaudiría su existencia, como aplaudió en su tiempo la de las celestinas o alcahuetas. Con el buen sentido que lo caracterizaba, el gran manco (de Lepanto) dijo que esas señoras eran «necesarias en toda república bien concertada». Y tenía razón. En el caso de los moteles de pasada, si no existieran esos beneméritos alojamientos ¿a dónde irían muchas señoras casadas que dijeron a sus maridos que iban al súper? Tendrían que ir de veras al súper, con el consecuente gasto, o dedicar el tiempo a otras actividades, como por ejemplo el juego, pasión insana cuyos peligros Dostoievski describió con mucho acierto en su novela *El jugador*.

La carretera que va a Tepic pasa por Tequila, ciudad que dio su nombre a la bebida célebre en todo el mundo.

Hay otro pueblo de alburero nombre: se llama Jala. Y un tercero que se llama Ixtlán. Ahí debe haber sucedido seguramente algún acontecimiento histórico importante, pues el nombre se presta para eso: Batalla de Ixtlán, Plan de Ixtlán, Abrazo de Ixtlán, algo así. No sé cuál acontecimiento habrá sido ese, pero algo tiene que haber pasado ahí, pues si no ese sonoro nombre se desperdiciaría.

Debemos llegar por fuerza a Magdalena. Es una pequeña villa oculta —si no te fijas bien, la pasas, como a la felicidad— entre altas sierras que esconden sus tesoros. Y tesoros ofrece Magdalena: opulentos ópalos, sinuosos ónices, granates de color grana como las granadas; toda suerte de piedras que llaman, quién sabe por qué, «semipreciosas», siendo que cada una es preciosa y medio. El valor de lo que sale de las minas no debería ser fijado por los financieros, sino por los poetas. Ellos harían que el lapislázuli, con ese azul tan bello, valiera más que el oro amarillento. El jade y su misterioso verde costarían más que la plata, cuyo color es blanco y frío.

Pero lo mejor de Magdalena no son sus ópalos ni sus granates. Lo mejor es un restaurante que se llama La Lupita. Ahí probé un jocoque como el que hacía mamá Lata en jarritos de barro que dejaba sobre la estufa, en la cocina, y comí unas tortillas de mujer —o sea, hechas a mano— que ni sal necesitan para ser el manjar que son, paradisíaco. Desde ahora, cuando me digan que alguien está hecho «una Magdalena» no pensaré en ese sujeto o sujeta inundados en lágrimas, sino sonrientes, coronados de piedras rutilantes, en la siniestra mano un vaso de albísimo jocoque —allá dicen «jocoqui»— y en la diestra una tortilla a la que debió cantar López Velarde.



De la Ciudad de México voy en avión hacia Tepic. El vuelo es de los llamados «piyameros»: sale a las 6:20 de la mañana. Hay que estar en el aeropuerto una hora antes, y treinta minutos más se necesitan para llegar ahí desde mi hotel. Por tanto, la levantada fue a las tres y media. La jornada anterior la terminé a las doce de la noche. Mi mujer y mis hijos opinan que a mis años esos andares son locura, pero de tal manera estoy ya hecho a ellos que me parecen cosa de rutina.